



La historia del Opus Dei es, seguramente, por el protagonismo de Escrivá y Albareda y por el de varias docenas más de personas-clave dentro de la Obra, un tema de gran repercusión en la historia aragonesa contemporánea. Hacía falta establecer muchos datos inconexos, sueltos, más o menos míticos, más o menos conocidos. Lo hacemos, en una buena parte de los casos, basándonos en varios libros y publicaciones partidarias, favorables a esa obra; para que sean datos establecidos por ellos mismos. También hemos recogido —fundamentalmente para una segunda parte, mucho más cercana en el tiempo a nuestros días— varias informaciones de miembros o ex-miembros de la citada Institución. No quieren dar sus nombres ni han aceptado, finalmente, los primeros, contrastar nuestros datos para evitar errores. La interpretación, el hilo, es del todo nuestro, y respondemos por ello, firmando.

# El Opus Dei y Aragón

E. FERNANDEZ CLEMENTE

## Barbastro, 1902

La historia del Opus Dei es, seguramente, por el protagonismo de Escrivá y Albareda y por el de varias docenas más de personas-clave dentro de la Obra, un tema de gran repercusión en la historia aragonesa contemporánea. Hacía falta establecer muchos datos inconexos, sueltos, más o menos míticos, más o menos conocidos. Lo hacemos, en una buena parte de los casos, basándonos en varios libros y publicaciones partidarias, favorables a esa obra; para que sean datos establecidos por ellos mismos. También hemos recogido —fundamentalmente para una segunda parte, mucho más cercana en el tiempo a nuestros días— varias informaciones de miembros o ex-miembros de la citada Institución. No quieren dar sus nombres ni han aceptado, finalmente, los primeros, contrastar nuestros datos para evitar errores. La interpretación, el hilo, es del todo nuestro, y respondemos por ello, firmando.

18 ANDALAN

José María Escrivá Albás nació en Barbastro el nueve de enero de 1902. Poco después se disolvió la sociedad mercantil «Sucesores de Cirilo Latorre» en la que trabajaba su padre, quien pasó a fundar, junto con un socio, la firma «Juncosa y Escrivá». Una familia de clase media, como tantas otras. El muchacho crece con otros chicos de su edad: Leopoldo Puig, Ricardo Palá, Miguel Cavero, los Esteban, los Cajigós, los Sambeat, los Fantoba... Alumno de los escolapios, siempre guarda buen recuerdo de esos años; la familia está orgullosa de un lejano parentesco con José de Calasanz, y el pequeño sueña quizá con ser, como él, un gran fundador. Oriundos de Fonz por la rama paterna, allí van los veranos, a casa de la abuela. Allí vive Mosén Teodoro Escrivá, tío carnal de José María, beneficiario del Palau, la celebre Casa Moner. Por aquellos años también coincide en sus vaca-

ciones con el joven seminarista, natural de Fonz, Laureano Castán Lacoma, futuro obispo de Sigüenza, de muy acentuado conservadurismo. Los Escrivá frecuentan también a los barones de Valdeolivos.

Son años felices y normales. Escrivá nunca renegará de su condición de aragonés; incluso hizo muchas veces alarde de serlo, con ciertas frases, acento, estilo. Recordará en 1971, en carta al alcalde de Barbastro Manuel Gómez Padrós, cómo sus padres le inculcaron «con la fe y la piedad, tanto cariño a las riberas del Vero y del Cinca». De muy niño, un hecho que fue tenido por milagroso, marcará la biografía del futuro monseñor y será origen de la construcción del santuario de Torreciudad: una grave enfermedad que contrajo a los dos años y de la que curó, al decir de sus familiares, por intercesión de esa Virgen.

Estudiante de bachiller, se examina en Lérida los tres primeros cursos, por libre, con buenas notas; pero, a principios de 1915, tras la quiebra del nego-



La historia del Opus Dei es un tema de gran repercusión en la historia aragonesa contemporánea.

cio familiar, la familia se traslada a Logroño, donde el padre se coloca de dependiente de un comercio. Termina allí José María el bachiller, y algo después ingresa en el Seminario de la capital riojana (1918).

## Un seminarista altivo

Pero busca otros aires, pues es deseo paterno y propio cursar, además de los sacerdotales, estudios de Derecho, por lo que se traslada a Zaragoza en 1920. Estudiará en la pomposamente denominada «Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio», residiendo en el Seminario de San Francisco de Paula, en el edificio de San Carlos. La vida allí no le es fácil. Muchos de los compañeros de aquellos años han muerto ya, otros no tienen demasiado interés en hablar de aquella época. Más o menos en su curso estaban sacerdotes muy conocidos en la vida zaragozana, como mosén Francisco Izquierdo Molíns, Leandro Aína, José María Sánchez Marqueta, todos desa-

parecidos, o mosén Vicente Aguilar, que aún vive. En todo caso, no siguieron teniendo gran amistad. La vida en el Seminario, desde luego, no le fue fácil a Escrivá, y así lo recogen todos sus biógrafos, especialmente Bernal, que cuenta: «Desde el primer momento, algunos no entendieron el porte, el talante y los modales de Josemaría»; su fámulo, cuando ya era superior entre los estudiantes, «le veía siempre muy correcto, y más refinado que los otros seminaristas: refiere, por ejemplo, que todos los días se lavaba de pies a cabeza, cosa que no hacían los demás. Estos y otros detalles hicieron pensar a este muchacho que Josemaría no llegaría a ser sacerdote, porque le consideraba con posibilidades humanas para hacer cosas mejores». Otras referencias de aquellos años las dan algunos condiscípulos: mosén Francisco Artal recuerda su limpieza exterior y su corrección en el vestir; el que fuera párroco de Magallón, Agustín Callejas recuerda su humor y agudeza; también «la independencia y libertad de espíritu

que manifestaba que, en ocasiones, algunos, por deformación, no entendían e injustamente interpretaban como altivez». Esa fue la impresión de un profesor que, en notas correspondientes a 1920-21, le definía como «inconstante y altivo, pero educado y atento». También es conocida una reyerta con un condiscípulo, Julio Cortés, llegando a las manos; ambos fueron castigados, aunque un testigo refiere que fue Calvo quien primero y más le pegó a Escrivá.

Lo cierto es que la situación de alojamiento, de distancia que, a lo largo de su vida va a ser simultánea con la tan conocida jocundia, le acompaña ya en esos años de seminarista. Con su tío Carlos Albás, canónigo arcediano de La Seo, apenas tiene trato. Por aquellos años, sigue frecuentando en los veranos la casa familiar de Fonz, en una ocasión viajó a Villel, al sur de Teruel, con la familia Moreno. Como seminarista goza de especial protección del Cardenal Soldevila, que se apresuró a tonsurarle como clérigo y nom-

brarle Superior antes de ordenarse sacerdote.

### Estudiante universitario

En 1924 termina Teología y se ordena, sucesivamente, de subdiácono y diácono, y se examina, en septiembre, de siete asignaturas de Derecho. Pero en ese otoño muere su padre, tras lo cual la familia regresa a Aragón; vienen a Zaragoza, cerca del hijo sacerdote, su apoyo moral y material. Vivirán en la calle Urrea, cerca de San Miguel y Santa Catalina. 1924-25 es un curso complicado en el que abandona los estudios civiles; el 28 de marzo de 1925 es ordenado sacerdote por el obispo auxiliar Miguel de los Santos Díaz de Gómara; el 30, dice su primera misa en el Pilar, cuna de su obsesiva devoción mariana. Es enviado inmediatamente a sustituir al cura de Perdiguera, donde permanece un par de meses. Pero Escrivá tiene otros designios y, en el curso 1925-26, hace un gran sprint y casi termina la carrera de Derecho: lo hará en enero de 1927. Asistía a clase, como era lógico entonces, con sotana. Entre sus compañeros de la Facultad están David Mainar, Juan Antonio Iranzo, Domingo Fumanal. Trata también mucho a la familia de José Romeo. Para ganarse la vida, da clases de Derecho Romano y Canónico en la Academia Amado, del que será, en la Guerra Civil, el famoso general Santiago Amado Lóriga, entonces capitán de infantería y también licenciado en Ciencias. Se preparan allí muchos jóvenes para ingresar en la Academia Militar, en la Universidad, oposiciones, etc. Como tarea sacerdotal, dice a menudo la misa en la iglesia de los Jesuitas de la plaza de San Lorenzo, y acude a una catequesis en Casablanca, con jóvenes católicos como Juan Antonio Cremades.

### Se funda la Obra

Una vez terminada la carrera de Derecho, Escrivá abandona Zaragoza, con permiso especial del arzobispo, Doménech. Marcha a Madrid, donde también vive, al principio, de la enseñanza, en la Academia Cicuéndez, en la calle de san Bernardo. La familia marcha con él; viven en Luchana. Allí comienzan los contactos con jóvenes estudiantes y profesionales: la idea de Escrivá de fundar una institución religiosa muy peculiar, está casi madura. Efectivamente, el 2 de octubre de 1928, rodeado de un grupo reducido de personas, Escrivá funda el Opus Dei, y dos años después su Sección femenina. Los primeros contactos con el mundo eclesiástico son prefiguraciones aragonesas: en 1929 y 1931, Escrivá entra en contacto con dos jóvenes sacerdotes de Madrid, cuyos nombres alcanzarán mucha fama andando el tiempo. Se

20 ANDALAN

trata de Casimiro Morcillo y Pedro Cantero, ambos futuros arzobispos de Zaragoza. Más adelante tratará mucho a Juan Hervás, futuro obispo de Ciudad Real, prior de las Ordenes Militares y creador de los cursillos de Cristiandad.

Durante la República es capellán de las Agustinas de Santa Isabel. En 1934, tras vender el patrimonio familiar de Fonz, se traslada con su madre al piso de Ferraz, 50. Ese año redacta las «Consideraciones Espirituales», anticipo de «Camino». Casi todo está andando ya. Y es en la fecha decisiva de



Max Weber, en 1917.

En todo artículo de periódico que se precie de cierto distanciamiento crítico, evitando el apasionamiento y la crítica panfletaria, a la hora de enjuiciar a la sociedad de la Santa Cruz y del Opus Dei, sale a colocación el pobre Max Weber. Según esta socorrida interpretación, la irrupción de la Obra en la vida económica y social española, a pesar de los pesares, no habría dejado de ser un factor de modernización. A la manera de los protestantes estudiados por Max Weber en «La ética protestante y el espíritu del capitalismo» (1905), los miembros del Opus habrían encarnado una moral de santificación del trabajo y de ascesis personal, en la que el éxito empresarial y social, la acumulación capitalista en suma, sería exaltada como prueba de la gracia divina. La riqueza y el triunfo tendrían valor en sí mismos, no eran algo que el buen cristiano debía compensar con toda la parafernalia de las obras de caridad, para hacerse perdonar su éxito en este valle

1936, en vísperas de la Guerra Civil, cuando entra en contacto con la persona que va a ser clave en la organización y expansión de la Obra: otro aragonés, un «san Pablo» intelectual para esa Iglesia en pequeño que hace poco ha comenzado: José María Albareda.

### Aparece un San Pablo

Desde la aparición de Albareda, las vidas de los dos Josemarías van a quedar definitivamente vinculadas. José María Albareda había nacido en Caspe el mismo año que Escrivá, 1902. Hijo

## Hablándole del OPUS No mentar a Max Weber en vano

de lágrimas. A la moral del confesionario jesuítico, inspiradora de la vieja España, sucedía la moral de los calvinistas católicos que serían los opusdeístas. Así le habría ido, se dice, a la Compañía de San Ignacio, desfasada en el mundo de ejecutivos y capitanes de empresa, seguros y audaces, viviendo en complejos conforme a su estado, tal como les prescribiría «Camino», aunque algunos practicasen en la soledad de sus dormitorios ayunos y penitencias diversas.

### La parte de verdad

Para empezar, convendría señalar que es equivocado creer que Max Weber es el progenitor de la tesis que afirma una relación entre protestantismo y éxito económico. La idea es casi tan antigua como la misma Reforma, pero precisamente cobró especial relevancia en los años anteriores a la publicación de la obra del autor alemán. Esto fue debido al complejo de inferioridad lanzado no tras la derrota de Francia frente a Alemania imperial, y protestante, en la guerra de 1870, y al espectáculo de nuestro buen capitalista, protestante o calvinista, contempla impotente como «monopolios» y «contratas» son entregadas a nobles y favoritos de la Corona. Totalmente distinta es la imagen que ofrece el hombre de empresa del franquismo, desde un principio mimado por un poder dictatorial, dispuesto a enriquecerse durante años y decenios. Un poder que asegura un éxito encomendando planes de desarrollo y reprimiendo sin piedad (cristiana) toda protesta de los trabajadores a su sueldo. Habría que despojar a la obra de Max Weber de toda su riqueza histórica, quedándose tan sólo con dos máximas abstractas de conducta, para poder establecer alguna comparación entre lo que realmente es inabarcable: entre la época heroica de una burguesía en el feudalismo y el aprovechamiento sin escrúpulos de las

de un farmacéutico, estudia bachiller en Zaragoza, terminando en 1918 con brillantez y asistiendo al curso siguiente al preparatorio de Ciencias. En la Universidad de Zaragoza conoce a estudiantes católicos como José Guallart y José Antonio Oliván, compañeros de su hermano Manolo, o a los de Medicina, Martínez Lalueza y Franco García. Marcha luego a Madrid para estudiar farmacia, carrera que termina en 1922. Pero decide completar su formación haciendo, de nuevo en Zaragoza, Químicas, a la sombra de la famosa escuela que capitanea Rocasolano. Es

ventajas económicas y la impunidad social que le ofrecía una dictadura fascistas. Realmente serían como los judíos. Pero siempre se puede hacer alguna comparación. Uno de los contradictores de Max Weber fue precisamente, como suele suceder, colega y amigo suyo. Se trataba de Werner Sombart que, en su obra «Los judíos y la vida económica», sostuvo que la moral puritana casi no había influido en el espíritu del capitalismo, fruto en cambio del judaísmo e incluso del mismo catolicismo. En su contestación, Max Weber contraponía el capitalista burgués, defensor de la «empresa nacional», y el capitalista judío, amigo de la especulación y de la intriga política: «Para los puritanos ingleses (los auténticos capitalistas burgueses) los judíos de la época representaban un tipo de capitalismo que les horrorizaba, un capitalismo implicado en suministros de guerra, contratas con el estado, disfrute de monopolios, especulaciones fraudulentas y comprometido con los príncipes en negocios de construcción o finanzas. El capitalismo judío era la especulación y con el apoyo del Príncipe, el capitalismo puritano era una organización burguesa del trabajo que intentaba imponerse por sus propias fuerzas. Leyendo esta cita parece claro que, si los articulistas serios se obstinan en citar a Max Weber al hablar del Opus, la única manera de no mentar su santo nombre (el de Max Weber, claro) en vano, sería evitar referirse a los heroicos primeros empresarios que nos muestra el autor en su gran obra, y remitirse a los intriganes especuladores judíos que evoca en su larga y acre polémica con Sombart. Así, las cosas quedarían mejor.

### Una comparación imposible

Pero, ¿qué sucede con el empresario capitalista tal como lo concibe Max Weber? Realmente en el «tipo ideal» weberiano encuentra muy difícil acomodar un empresario como el arriba citado. El burgués capitalista que nos retrata el sociólogo alemán es un burgués que se impone trabajosamente en un mundo hostil, afirmando su moral individual y plena de viejas distinciones entre nobles y plebeyos. El camino hasta el favor del Príncipe se recorre muy pocas veces, siempre está además precedido de una o dos generaciones de luchas y privaciones. En la mayoría de los casos nuestro buen capitalista, protestante o calvinista, contempla impotente como «monopolios» y «contratas» son entregadas a nobles y favoritos de la Corona. Totalmente distinta es la imagen que ofrece el hombre de empresa del franquismo, desde un principio mimado por un poder dictatorial, dispuesto a enriquecerse durante años y decenios. Un poder que asegura un éxito encomendando planes de desarrollo y reprimiendo sin piedad (cristiana) toda protesta de los trabajadores a su sueldo. Habría que despojar a la obra de Max Weber de toda su riqueza histórica, quedándose tan sólo con dos máximas abstractas de conducta, para poder establecer alguna comparación entre lo que realmente es inabarcable: entre la época heroica de una burguesía en el feudalismo y el aprovechamiento sin escrúpulos de las

aquí donde conocerá a compañeros como Vilas, Bernal, Gálvez, Navarro Borrás, Alvira, Estevan Ciriquiain, Medrano, Claver, Cabetas, Hernández Ferrando, etc. Frecuenta los laboratorios de Rocasolano y los de Rius Miró. Animado por el grupo de católicos sociales, de tan gran influjo en la vida zaragozana (Sancho Izquierdo, Minguijón, etc.) publica diversos artículos en la revista «Universidad», y, en 1923, su trabajo «Biología política», en línea con el regionalismo conservador de los citados y D. Miral, Giménez Soler, Moneva, etc. El prólogo de este

ventajas económicas y la impunidad social que le ofrecía una dictadura fascistas.

### Realmente serían como los judíos.

Pero siempre se puede hacer alguna comparación. Uno de los contradictores de Max Weber fue precisamente, como suele suceder, colega y amigo suyo. Se trataba de Werner Sombart que, en su obra «Los judíos y la vida económica», sostuvo que la moral puritana casi no había influido en el espíritu del capitalismo, fruto en cambio del judaísmo e incluso del mismo catolicismo. En su contestación, Max Weber contraponía el capitalista burgués, defensor de la «empresa nacional», y el capitalista judío, amigo de la especulación y de la intriga política: «Para los puritanos ingleses (los auténticos capitalistas burgueses) los judíos de la época representaban un tipo de capitalismo que les horrorizaba, un capitalismo implicado en suministros de guerra, contratas con el estado, disfrute de monopolios, especulaciones fraudulentas y comprometido con los príncipes en negocios de construcción o finanzas. El capitalismo judío era la especulación y con el apoyo del Príncipe, el capitalismo puritano era una organización burguesa del trabajo que intentaba imponerse por sus propias fuerzas. Leyendo esta cita parece claro que, si los articulistas serios se obstinan en citar a Max Weber al hablar del Opus, la única manera de no mentar su santo nombre (el de Max Weber, claro) en vano, sería evitar referirse a los heroicos primeros empresarios que nos muestra el autor en su gran obra, y remitirse a los intriganes especuladores judíos que evoca en su larga y acre polémica con Sombart. Así, las cosas quedarían mejor.

H. J. RENNER

curioso estudio es de Minguijón. Tras la tesis doctoral, gana oposiciones a cátedra de agricultura y es destinado al Instituto de Huesca.

Su estancia en Huesca, donde prepara un buen laboratorio y realiza muchas excursiones al Pirineo, está intercalada por numerosos viajes al extranjero: pensionado por la Universidad de Bonn en 1928 trabaja allí con Neurs y Kappen. Queda deslumbrado por la Universidad alemana de los años veinte, como algunos antes le ocurriría a Ortega y a tantos otros; son experiencias e ideas que guarda bien para cuando le corresponda hacer algo en ese sentido en España. En Zurich trabaja luego con Wiegner y Pallmann, pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, a pesar de lo cual siempre guardará una actitud de dura crítica contra ésta y otras actividades vinculadas a la Institución Libre de Enseñanza. De esos estudios surgirá su segundo doctorado, en Ciencias. Albareda es hombre ambicioso, quiere cubrir etapas sólidas, seguramente. Viaja luego a Madrid, donde le deslumbran las instalaciones del edificio Rockefeller; frecuenta el laboratorio de Rayos X del también aragonés Julio Palacios. Y vuelve a viajar al extranjero, ahora con una beca Ramsay, en 1932. Trabaja con Keen y Cronther y contempla «el espectáculo de las instituciones inglesas». En 1934, de nuevo en Huesca, publica ya en la revista de la Academia de Ciencias. Con todo ese bagaje y una pequeña fama que va creciendo en el mundo científico madrileño, consigue en 1935 el traslado a la cátedra del recién creado Instituto Velázquez, de enseñanza media, en la capital de España.

### De Burgos, a Madrid: Una previsión a largo plazo

El primer encuentro entre Escrivá y Albareda tuvo lugar en enero de 1936, en la residencia DYA de Ferraz, 50, de Madrid, donde vive el primero. Albareda, a partir de ese día, frecuenta el piso, acude allí a misa, se dirige espiritualmente con el padre, que le acoge con entusiasmo: es un científico, y prestigioso, el eslabón necesario para muchos planes. Albareda conoce en esos encuentros al ingeniero Isidoro Zorzano y, sobre todo, ya en los años de la guerra civil, vuelve a encontrarse con su antiguo compañero de la facultad de Ciencias de Zaragoza, Tomás Alvira, ahora catedrático de Instituto en Cervera del Río Alhama. Con ambos compañeros asiste a unos ejercicios espirituales que les da Escrivá, por las mañanas en casa de Alvira, por la tarde en la de Albareda. Frecuenta también en esos años a dos figuras muy destacadas del clero aragonés: los cate-

ANDALAN 21



Escrivá, a los 15 años.



De seminarista en Zaragoza, en 1923.



José María Albareda, en 1935.

dráticos Pascual Galindo y Manuel Mindán. Finalmente, el 8 de septiembre de 1937, ingresa en el Opus Dei. Un mes después va a tener lugar el viaje de huida de la **zona roja**: por Valencia, Barcelona y Andorra, hay que llevar al padre Escrivá a **zona nacional**, atravesando el Pirineo, hacia Francia. Es un viaje arriesgado, peligroso, en el que entre las pocas personas que acompañan al fundador están Albareda y Alvira, sus dos fieles aragoneses. Atraviesan los bosques de Rialp y pasan bastantes penalidades, que Gutiérrez Ríos ha descrito novelescamente.

Ya en Burgos, capital de la España de Franco, Albareda es adscrito a la Secretaría de Cultura de la Junta de Defensa; se encuentra allí a su compañero de Zaragoza, Navarro Borrás, frecuenta al sacerdote Casimiro Morcillo y, se trae allí a Escrivá, alojado hasta el momento por el obispo de Pamplona; ambos residirán en el Hotel Sabadell, buscando una pequeña calma en el barullo de la capital de guerra. Es allí donde Escrivá ultima su principal libro, el pequeño manual de reflexiones «Camino». Mientras tanto, Albareda está muy activo en sus relaciones: íntima con su colega —catedrático de Instituto de Madrid— y paisano aragonés, José Ibáñez Martín, al que prepara sugiriéndole lo que deberá ser en el futuro el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Aesor de la dirección general de Enseñanza Media del Gobierno de Burgos, ocupa algún tiempo la cátedra del Instituto de Vitoria y, tras la toma de Barcelona, el Ministro le encarga reorganizar allí esos estudios. Poco después, regresa a Madrid, ahora como director del Instituto Ramiro de Maeztu, principal centro de su rango en España. Mientras, Ibáñez Martín es nombrado Ministro de Educación Nacional y encarga a Albareda el borrador de lo que habría de ser el CSIC, aquella organización de la que habla-

ran en Burgos, que sustituya a la tan denostada Institución Libre de Enseñanza. El 24 de noviembre de 1939 se crea el CSIC y Albareda es designado su Secretario General. En el equipo directivo inicial abundan también los amigos aragoneses de Ibáñez y Albareda: Miguel Asín Palacios, Pío Zabala (a la sazón Rector de la Universidad Central), Julio Palacios, Bermejo, Miguel Artigas... o en las delegaciones de Barcelona (Martín Almagro) y Zaragoza (el viejo maestro de Albareda, Rocasolano). Gutiérrez Ríos ha comentado que «aunque Albareda era hombre de la victoria», no simpatiza mucho con la Falange y sus métodos, y parece que tuvo varios gestos en favor de gentes que provenían del bando vencido. Su talento, según Sánchez de Muniaín, era un manojito de contrastes: «ingenuo y sutil, perspicaz y distraído, sencillo y cauto; algo confuso al hablar, pero transparente al escribir». «Bajo su afable y refinada apariencia, era profundamente aragonés: tenaz, lleno de sentido práctico, previsor, cauto, muy dueño de sí, buen diplomático».

### Largo camino

Poco después del ascenso de Albareda en el CSIC, Escrivá, que no había renunciado al honor de un doctorado universitario, apresura la lectura de una tesis, que arregla en poco tiempo, sobre la Abadesa de las Huelgas. Otro trabajo, al parecer de más importancia, había desaparecido en la guerra; esta tesis de **Derecho** que obtuvo sobresaliente, ha permanecido inédita, si bien un libro publicado en 1944 parece es un resumen de la misma. Escrivá también se afina en Madrid tras la Guerra Civil y es profesor de la Escuela Oficial de Periodismo, a designación de su amigo, otro aragonés, el director general de prensa, Giménez Arnau. La Obra, a pesar del aprecio de varios

obispos: los de Pamplona, Calahorra, y especialmente el de Madrid, Eijo Garay, se abre paso lentamente. Otras personas muestran también su amistad, como el entonces gobernador de Lérida, Juan Antonio Cremades, que en cierta ocasión, en 1941, pone su propio coche oficial para llevar al P. Escrivá a Madrid: ha muerto su madre, doña Dolores Albás, una figura muy querida de los socios del Opus Dei. La Obra, camina, aunque despacio: Eijo les aprueba como Pía Unión ese año 1941, a pesar de los ataques, que arrecian desde diversos ámbitos («Graves y duras calumnias», se queja varias veces Escrivá). Sin embargo, desde 1943 a 1950 se dan diversos pasos. En 1944, las tres primeras ordenaciones sacerdotales a miembros de la Obra, para los que se había organizado una especie de Seminario especial con clases que, entre otros, imparten sacerdotes como José M.<sup>o</sup> Bueno Monreal. No todos los dirigidos por Escrivá terminan de sacerdotes de la Obra; por ejemplo, Hugo M.<sup>o</sup> Quesada irá luego a Aula Dei (Zaragoza), como cartujo.

La lentitud con que se producen las aprobaciones hace que en junio de 1946 emprenda Escrivá un viaje a Roma. Le acompaña José Orlandis, que por muchos años sería catedrático de Derecho en Zaragoza, sacerdote, buen conocedor del italiano. El Vaticano concede primero la «Aprobación de fines» y, al año siguiente, el «Decretum laudis». En el mismo 1947 la constitución apostólica «Provida Mater Ecclesia» crea los Institutos Seculares, figura próxima al Opus Dei. Aunque durante esos años va creciendo el enfrentamiento con el grupo de los Propagandistas —siempre habrá una rivalidad mal disimulada con Herrera Oria (el Colegio san Pablo, el «Ya», etc.), es curioso que en 1948, Eijo pide a Escrivá un sacerdote para consiliario de la Juventud Universitaria de Acción Católica de la diócesis de Madrid; éste



Escrivá de Balaguer, homenajeado por el Ayuntamiento de Barbastro.

designa a Jesús Urteaga, joven sacerdote muy brillante, que se hará famoso por su libro «El valor divino de lo humano» y, cuando llegue la televisión, comparecerá a ella en charlas muy frecuentes.

### Implantación en Aragón

Precisamente, tanto Urteaga como otro sacerdote de la Obra que se hará igualmente popular en la televisión (a la manera del norteamericano Fulton Sheen) van a tener que ver directamente con la difusión del Opus Dei en Aragón en los años cincuenta. Urteaga, antiguo alumno de los corazonistas de Zaragoza, dio unos ejercicios por esos años en esta ciudad, mientras que Angel Dorronsoro, navarro que había estudiado también en la capital aragonesa, contribuirá a crear un núcleo inicial, junto con José Orlandis y José Manuel Casas Torres, ambos catedráticos de la Universidad, de Historia del Derecho y Geografía, respectivamente. Más adelante, la cátedra de Cánónico ha sido ocupada sucesivamente por varios sacerdotes del Opus Dei, mientras que la sección de Geografía, una pequeña universidad dentro de la Universidad de Zaragoza, será un vivero de captación y promoción de socios de la Obra. Por allí pasan futuros catedráticos de Pamplona, como Floristán y Ferrer Regales o, ya en años más próximos, el catedrático que se ordenará de sacerdote y acaba abandonando la docencia para dedicarse por completo a tareas pastorales, Salvador Mensua. Conocidos miembros de la

Obra en esa sección son también Antonio Higuera Arnal, Manuela Soláns, etc. Otras personas que, como el actual vice-rector de la Universidad de Zaragoza, Vicente Bielza de Ory, pertenecieron en sus años jóvenes al Opus Dei, hace muchos que abandonaron ese sendero, lo mismo que futuros catedráticos de Derecho como José Antonio Escudero o Juan José Gil Cremades. Pero es indudable que en los años cincuenta-sesenta, la influencia de la Obra en la Universidad zaragozana era muy grande.

### Una carrera vertiginosa

Pero retrocedamos a los primeros años cuarenta para ver cómo también José M.<sup>a</sup> Albareda va reanudando los lazos con Zaragoza. En 1942 se ocupó especialmente de traer a los cursos de verano de Jaca a su antiguo profesor de Zurich, Pallmann. Cuando, poco después, surja por impulso el «Instituto de Geografía aplicada, J. S. Elcano», su ubicación —extrañamente descentralizada de Madrid, contra la costumbre— será en Zaragoza, anexo al Departamento de Geografía que dirige Casas; también son para Aragón varios importantes centros relacionados con Geografía y Biología, tales como el Departamento de Geología sedimentaria, el Centro Pirenaico de Biología Experimental, en Jaca, y la Estación Experimental de Aula Dei. Desde el Consejo, además, se impulsa y sigue de cerca, a través del Patronato José M.<sup>a</sup> Quadrado, los Institutos de estudios

locales: el Fernando el Católico, y los de Estudios Turolenses y Oscenses.

En cuanto a la carrera profesional de Albareda, se acelera en su nueva perspectiva madrileña. Tras su nombramiento de secretario del CSIC, obtiene una cátedra en la Facultad de Farmacia de Madrid; organiza el Instituto de Edafología; dirige excursiones de investigación (entre ellas varias a su querido Pirineo, a Albarracín, etc.) y un viaje a Italia. En el laboratorio de Química del CSIC le acompañan como primeros colaboradores algunos compañeros de Zaragoza: Lorenzo Vilas, Tomás Alvira, Cruz Rodríguez, Mariano Claver. Preocupado por la comunicación con el extranjero, ahora tan difícil, envía a Vilas y Rodríguez a Zurich, siguiendo sus pasos, promueve becas, quiere ampliar relaciones internacionales. En 1940 había aparecido su libro «El suelo», prologado por Rocasolano.

### «Una poderosa fuerza secreta»

Nada más terminar la Guerra Civil aparece, editado por la Editorial Española de San Sebastián, aunque impreso en Madrid, 1940, un libro terrible contra «Una poderosa fuerza secreta: la Institución Libre de Enseñanza». Tal y como se advierte al comienzo de sus 280 páginas, «el núcleo originario y una gran parte de este volumen» son artículos publicados en «El Noticiero» de Zaragoza, a iniciativa de la Confederación Católica Nacional de



Escrivá de Balaguera abraza a su padrino, Solano, en 1960, al ser elegido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Zaragoza.

firmantes de este libelo, va a trabajar el nuevo Ministerio y el Nuevo CSIC de Ibáñez Martín. Aunque Albareda está más en línea con Artigas que con Sancho Izquierdo o el marqués de Lozoya, dos futuros profesores de la Universidad de Navarra...

## El caballo de Troya

En el Consejo, en la revista «Arbor», en el Maeztu, en la Residencia de profesores, en los tribunales de oposiciones a cátedras universitarias o de otros niveles, la influencia del Opus Dei es ahora grande, y, aunque muchos no se atreven a hacerlo en público, un clamor de protesta contra el casi monopolio se abre paso en esos años en los medios intelectuales españoles. Desde la Falange, los sindicatos o la prensa del Movimiento se habla del «caballo de Troya» en la Universidad, la prensa, la política... El Opus Dei da una nota en 1957 en la que precisa que «nada tiene que ver la Obra con la libre actuación de sus socios en la vida pública». Sin embargo, es entonces cuando precisamente se va a producir el gran ascenso. De un lado, en 1959, con el Plan de Estabilización, en el que las principales estrellas de la economía y la administración son gentes del Opus Dei: Ullastres, López Bravo, y, sobre todo, López Rodó. Pero es también el momento en que el viejo sueño se va a hacer realidad: el Estudio General de Navarra, que lleva unos años funcionando, obtiene del Vaticano y del Estado español el rango de Universidad privada, en 1960. Es un momento de exaltación. El padre Escrivá será el gran Canciller y Albareda el primer rector, ya sacerdote, pues se ha ordenado en diciembre de 1959, en la basílica madrileña de san Miguel, encomendada a la Obra por el arzobispo de la capital. Albareda sigue ocupando, sin embargo, su alto cargo en el Consejo, viajando todas las semanas, que reparte entre Madrid y Pamplona, hasta su muerte en 1966. Su tarea está casi del todo cumplida.

## Apoteosis universitaria

En cambio es el momento de la apoteosis de José M.<sup>a</sup> Escrivá. Tras ocho años de dificultades y tensiones con Zaragoza, a cuya Universidad deben presentarse los estudiantes del Estudio General de Navarra, el reconocimiento como Universidad privada es acompañado, en el mismo mes de octubre de 1960, con el nombramiento de su Canciller como hijo adoptivo de Pamplona y, sobre todo, como doctor Honoris Causa por la Universidad de Zaragoza. Además de las gentes de Geografía, tiene en ella cada vez más amigos la Obra. Un antiguo rector, Miguel Sancho Izquierdo, que dio varios hijos a esta institución, irá él mismo, ya ju-

Padres de Familia y de un grupo de universitarios y publicistas. Son, lógicamente, casi todos sus coautores aragoneses, y la mayor parte profesores de la Universidad: Rocasolano (que escribe dos capítulos, igual que A. González Palencia y Romualdo de Toledo), Sancho Izquierdo, Carlos Riba, Domingo Miral, José Guallart, los profesores de Instituto Allué Salvador y Benjamín Temprano, el maestro José Talayero. Aragoneses en Madrid, como Miguel Artigas, a la sazón director general de Archivos y Bibliotecas, o Luis Bermejo, ex-rector de Madrid, y dos destacadísimos dirigentes del periodismo y la cultura durante el franquismo: Fernando Martín-Sánchez Juliá y el marqués de Lozoya, amén de algún valiente pseudónimo.

En el libro, que quiere ser un «atestado y plebiscito sobre la ILE», se nos dice sin pudor alguno que «sobre ella no se ha escrito libro más documentado y completo que éste». Se toma de un discurso de F. de los Ríos en Zaragoza, en febrero de 1932, la idea de que «a la revolución roja, el socialismo le ha dado las masas y la ILE le ha dado los jefes». ¡Es una «confesión de parte»! Luego se atacarán al «aventurero» Negrín, que «ningún respeto, absoluta falta de consideración merece», a Alvarez del Vayo y su cuñado Arquistáin, director de «Leviathan», revista «roja hasta el más repugnante materialismo animal»; a Besteiro, presidente de las Cortes constituyentes, «en las que tantas blasfemias y herejías pudieron decirse sin que la Presidencia interviniera»; al «artero» y «proteico» embajador rojo», Fernando de los Ríos, al «incorrecto catedrático» Jiménez de Asúa, a Castillejo, los Barnés, Bolívar, etc.

En fin, se resume que «la ILE ha tenido desde verdugos a penitentes» y «es la gran responsable de la revolución sin Dios y antiespañola que nos ha devastado». Y se concluye, tomando la frase de un libro de 1934 sobre la masonería: «Pero ¿qué es la ILE? Digámoslo con palabras masónicas: «una sociedad que conoce el mundo y que no es conocida por él, es un poder irresistible». Su aspecto público: «un colegio privado en el cual se educaban muchachos con arreglo a métodos pedagógicos de origen extranjero». Su táctica: «formó y cultivó con esmero una minoría selecta»... «y los insertó en el sistema nervioso central de la nación» y «se iba apoderando de las cátedras oficiales sin ahorrar los medios más caciquilmente incorrectos y arbitrarios... con abominables procedimientos, el espíritu de secta, etc.»

Contra esa «lógica científica», «fétido esqueleto» de «sutiles y engañadoras artes», apenas Artigas se atreve a decir que «sería injusto decir que todos eran malos y equivocados». Miral se queja del boicot a los cursos de verano de Jaca, Allué se manifiesta «contra las oposiciones, los concursos y el cursillismo, tal como en la República», Sancho Izquierdo de las maniobras, concursos hábilmente preparados, cátedras «ad hoc», etc., Rocasolano de la cuantía que el Estado entregaba a la ILE y del «verano cómodo y reconstituyente para los «sabios» de la ILE» en la Universidad de Santander», y de que la ILE «acaparó en Madrid toda la investigación científica oficial y retribuida» postergando su laboratorio. Cada cual, su lista de agravios. Ese era el gran objetivo de los ataques en el ámbito universitario. En ese clima, con esas miras, junto a varios de los

bilado, a impartir clases a Pamplona, facilitando así el prestigio académico y el porcentaje de catedráticos del Estado que éste exige para reconocer los estudios.

En un clima de gran expectación, abarrotado el Paraninfo de la Plaza de Paraíso, asisten todas las autoridades zaragozanas con el subsecretario de Educación, Maldonado, el arzobispo Morcillo y el Rector Juan Cabrera, quien afirma que «Monseñor Escrivá de Balaguer es un aragonés ilustre que comenzó sus estudios en la facultad de Derecho de nuestra Universidad... la cual ha querido volver a traerle a su seno, con esta investidura». Actúa de padrino el catedrático de Historia Moderna y ex-presidente de la Diputación, Fernando Solano Costa. Escrivá lee un discurso sobre «Huellas de Aragón en la iglesia Universal». Evocando sus años de estudiante en la vieja facultad de la Magdalena, simboliza en Juan Moneva y Puyol la gratitud hacia sus profesores. Han pasado siete lustros «que no han conseguido borrar de la mente el recuerdo, ni ahogar en el corazón el afecto por aquella Universidad ni por esta tierra». Por eso ha elegido el tema, aunque sin «estrecho y provinciano afán de localismo, ni tampoco con ropajes de erudición científica que no convienen a la circunstancia ni al momento».

El gesto encuentra su respuesta el 28 de noviembre de 1964: los dos primeros doctores honoris causa de Navarra son dos ex-rectores de Zaragoza, Miguel Sancho Izquierdo y Juan Cabrera. Escrivá evoca de nuevo sus «enérgicas tierras de Aragón» y los años de estudio universitario, y alude al primero («me honro de haber sido su alumno») y del segundo destaca su «alta tradición familiar» (referencia a su hermano Blas Cabrera, el gran científico de fama mundial, exiliado), su prestigio investigador y docente y las pasadas «incomprensiones de la vida» (eufemismo con el que alude a la prisión y persecución que el ex-rector sufriera igualmente del régimen de Franco), y aprovecha para decir cómo le complace hablar como Canciller y presidente del Opus Dei, «Obra que algo sabe también de incomprensiones»...

Económicamente, la Universidad de Navarra se financia con subvenciones del Estado, de la Diputación foral, del Ayuntamiento de Pamplona, etc. Escrivá dirá al respecto: «Sabéis por experiencia el interés moral y económico que supone para una región como la de Navarra, y concretamente para Pamplona, contar con una Universidad moderna, que abre a todos la posibilidad de recibir una buena enseñanza superior». En esa tierra de mezclas y encuentros va a realizarse la otra síntesis,



El arzobispo Morcillo, protector de la Obra en Zaragoza.

el otro ejército de la Iglesia Católica. Si de tierras vascas, de Ignacio de Loyola, salió hace siglos la Compañía de Jesús, de tierras aragonesas ha surgido ahora José M.<sup>a</sup> Escrivá, el Opus Dei. El otro gran movimiento, Iglesia dentro de la Iglesia, tanpreciado en muchos ambientes vaticanos, tan querido andando el tiempo por el propio Papa Juan Pablo II.

### «Creced y multiplicaos»

Ese mismo año, el arzobispo de Zaragoza, uno de los más claros protectores de la Obra, es nombrado para el mismo cargo en Madrid. Poco antes de marchar, monseñor Morcillo aceleró los trámites para desvincular la parroquia de santa Cruz —justamente el nombre oficial del instituto sacerdotal del Opus Dei—, concediéndola a sacerdotes de la Obra para que lleven a cabo allí su principales actividades pastorales. El hecho causa gran revuelo y malestar en los círculos católicos de Zaragoza, donde ya era clara la predilección de Morcillo por el Opus Dei frente a la discolá y demasiado progresista Acción Católica, especialmente sus movimientos juveniles, estudiantil, obrero, rural. Como ha explicado J. Blasco Ijazo, «de ningún templo se afirmó con más lujo de pormenores la antigüedad constantiniana que de esta interesante iglesia, que conservando su antiguo carácter de filial de La Seo, era una de las parroquias no bautismales que encerraba el casco de la ciudad». El viejo templo de comienzos del XIII había sido remozado por los arquitectos Yarza y A. Sanz a fines del XVIII, y el párroco tenía derecho al título de rector y no vicario. Lo cierto es que sólo 17 calles correspondían a esta pequeña parroquia incrustada entre las más viejas y poderosas parroquias zaragozanas. Los sacerdotes del Opus Dei han desarrollado allí una intensa labor de



1964. Sancho Izquierdo es nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad de Navarra



Escrivá de Balaguer, con Fermín Murillo, entre otros toreros.

captación, confesión, dirección espiritual, retiros, etc., remozando por completo la iglesia y haciendo de ella una especie de centro espiritual para Aragón.

En realidad, la década entre 1954 y 1964 había sido absolutamente decisiva para la implantación en Aragón de la Obra. Desde la gran influencia del Colegio Mayor «Miraflores» (al que luego se unirá el femenino, «Peñalba») hasta la captación de personas de los más diversos ámbitos de la vida zaragozana. Tras ejercicios, cafés de sobremesa, reuniones en diversos pisos-residencia, van ingresando en la Obra y permaneciendo en ella más o menos tiempo abogados como Angel Duque, Pedro Baringo, García Mateo, Cremades...; financieros como J. J. Sancho Droncha, F. Almarza, Juan Alfaro, Manuel Solá; empresarios como Antonio Rico Echeverría, o Alberto de Sola; terratenientes como Madurga; el fallecido cuñado de Sáinz de Varanda, Angulo Santa Pau; el escritor y crítico de cine Joaquín Aranda; Antonio Valero, que fundará el IESE de Barcelona; Mur, los hermanos González Vallés. Muchas vocaciones sacerdotales también: los dos hermanos Escartín; Joaquín Madoz, Peña, o los que luego abandonarían, secularizándose, Miguel Angel Ximénez de Embún, Joaquín Valdés Escudero, muy próximo a Escrivá, hoy profesor universitario en San Francisco...

En la Universidad, el vivero era la Facultad de Derecho, donde Orlandis Sancho Izquierdo, Guaita, etc. abrían

un camino que luego seguirían otros muchos catedráticos, mientras que Guallart, Estapé, Martín Ballesteros, etc. representaban la tendencia opuesta, fueran del grupo católico-social, del liberal o del falangista. Había estudiantes que saltaban de uno a otro curso «entrando y saliendo en el Opus», como Ayala, el hijo del terrible delegado de Información y Turismo, o Javier Navarro Izquierdo, hoy brillante diplomático. En otras facultades parece que la guerra iba a tener bajas personales, como parece fue el caso del matemático Gaeta, hoy en Buffalo (USA), autor de un duro libro contra la Obra.

No menos importante es el caso de las mujeres; aparte las esposas de muchos de los citados, como Inés Solá, estaban las hijas de Etayo, de Monterde o las madres de futuros dirigentes, como la de Rodríguez Furriel. Una lista que podría ser interminable.

### Un ennoblecimiento inexplicado

Un hecho que sorprenderá a casi todos, y que el Opus Dei no ha explicado consistentemente, es la rehabilitación, en favor del padre Escrivá, del marquesado de Peralta sobre el que su familia tenía cierta opción. Bernal, el más completo biógrafo hasta el momento, dice que es un gesto que «encierra también lecciones de honda riqueza humana y cristiana, que algún día será necesario exponer en toda su extensión», pero es obvio que no encuentra oportuno hacerlo por ahora.

En conexión con ese atávico gusto por los viejos ritos está quizá el de algunos de sus más importantes discípulos, como J. J. Sancho Droncha, caballero de san Juan de la Peña, orden que ha contribuido a restablecer, y caballero del Santo Sepulcro.

Pero hay otros ámbitos de gran incidencia religiosa y cultural donde la Obra va a penetrar eficazmente en los años sesenta y setenta. Uno de ellos, el clero diocesano. El caso más destacado quizá sea el de la diócesis de Teruel, donde a fines de los sesenta la fuerza del Opus Dei llamaba la atención: pertenecía a la Obra el rector y un nutrido grupo de directivos del Seminario Menor «Las Viñas», nuevo centro de gran aceptación en la capital; profesores del Instituto y la Normal, el propio director del Instituto («Ibáñez Martín», Garrido, era socio numerario; y muchos curas rurales, que encontraban así un asistimiento inusitado. La frialdad marmórea del obispo Ricote, que veía al Opus Dei con simpatía, era sustituida por compañeros que visitaban con frecuencia al aislado sacerdote, le enviaban revistas y libros, le hacían viajar, reunirse, le ofrecían algún tipo de horizonte confortable para su retiro en la ancianidad. Una casa de ejercicios, que el párroco de Calamocha, destacado miembro de la Obra, ponía con frecuencia a su disposición, etc. Eran argumentos de peso para simpatizar con esa organización que, a cambio, pedía bien poco. Mientras tanto, otra serie de centros irán creciendo, ya en los sesenta: clubs juveniles, escuelas familia-

res agrarias (patrocinadas por la CAZAR), colegios de enseñanza media como los de Montearagón y Sansueña en Zaragoza, la presencia en el diario «El Noticiero» dirigido por el socio de la Obra A. Coll Gilabert, y otras muchas actividades. No gustaban de divulgar su presencia, sino en círculos muy restringidos. Pero su presencia estaba fuertemente arraigada, y ha tenido una importante repercusión en nuestra tierra.

### Torrecedad: Un escorial en Barbastro

Otro de los hechos más destacados de la presencia del Opus Dei en Aragón es, sin duda, el santuario de Torrecedad. Construido muy cerca de la vieja ermita de la Virgen, monseñor Escrivá quiso conmemorar así su curación cuando tenía dos años. De dimensiones descomunales, la construcción comenzó en 1962, cuando el Opus Dei recibió el encargo de la administración y culto. Fue inaugurado el nuevo complejo en 1975, un mes antes de la muerte del padre Escrivá, que lo visitó con particular predilección. La construcción del santuario y los edificios anejos para retiros, centros de estudios, etc., ha recibido muy fuertes ayu-

das de particulares y en algunos casos de instituciones, entre las que se encuentran algunas diputaciones, centros públicos o cajas de ahorro. Del total de unos cuatrocientos mil peregrinos anuales de todo el mundo (la mayoría son europeos, y de España predominan catalanes, aragoneses y levantinos), una décima parte participan en cursillos, tanto en Torrecedad como en el vecino pueblo de El Grado. Es un flujo turístico de importancia, reforzado desde la apertura del túnel de Bielsa.

En la Iglesia española el tema del Opus Dei ha sido de permanente actualidad. Desde la protección abierta y clara de muchos obispos (Morcillo, Cantero, Flores, Castán, incluso Bueno Monreal, que dirá en 1970 del Opus Dei que es «un fenómeno espiritual nuevo en la vida de la Iglesia», etc.) hasta la desconfianza y el enfrentamiento de los grupos más progresistas. Algunos creen que desde la puesta en marcha, a fines de marzo pasado, del decreto «Ut sit» (una vieja y querida expresión de monseñor) que concede la prelatura personal, se abren nuevos tiempos para el Opus Dei y para sus relaciones con el resto de los católicos. No estoy muy seguro que ocurra lo mismo con quienes no participan de su fe, que es omnipotente en su con-

versación, obsesiva, carismática, excluyente en muchos casos.

Pronto hará ocho años de la muerte, el 26 de junio de 1975, del padre Escrivá, en Roma. Hoy su figura, evocada con pasión acrítica por los socios de la Obra, entra en un largo debate auspiciado por éstos: el proceso de beatificación, en el que trabajan arduosamente. ¿Otro santo aragonés? Si el sino preferido en la Iglesia es la controversia, sin duda en este caso la habrá.

### Libros o revistas utilizados

Salvador Bernal: **Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer**. Rialp, Madrid, 1980 (6.ª edición).

François Gondrand: **Au pas de Dieu**. Ed. France-Empire. París, 1982.

**Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer**. Rialp, Madrid, 1969, 4.ª edición.

J. M. Escrivá: **Camino**. Numerosísimas ediciones.

E. Gutiérrez Ríos: **José María Albareda. Una época de la cultura española**. CSIC, Madrid, 1969.

«Redacción», n.º extra de noviembre de 1976, Pamplona.

### En Barbastro

Los cinco **Boletines de información** editados desde 1976.

